

(d)

CUERPOS, GÉNEROS, TECNOLOGÍAS

A Monique Wittig

¿Tenemos un cuerpo o somos nuestro cuerpo? En una pregunta como ésta resuenan las duplicaciones que han asediado al cuerpo en la tradición cultural de Occidente. Transitorio, corruptible, material, el cuerpo ha sido condenado a ser el otro contrario y complementario de ese uno etéreo y central llamado alma, mente, psique, espíritu, *élan*, karma... dependiendo de épocas y contextos.

De hecho, el funcionamiento del binomio mente/cuerpo no difiere del que ha regido el par hombre/mujer, más bien se debería decir que completa y afianza su jerarquía interna: el hombre viene asociado a lo inmaterial (espíritu, mente, alma...), mientras que la mujer se empareja con el cuerpo y sus materialidades efímeras, caducas, superficiales. Este motivo bastaría para justificar la inclusión de un monográfico titulado “Cuerpos, géneros, tecnologías” en una revista feminista como es ésta; pero hay más.

A esa asignación femenina del cuerpo le acompaña el *prejuicio* de una confusión triple que, como veremos, la posmodernidad ha obligado a revisar. Me refiero a la presunta evidencia de que los cuerpos vienen marcados *naturalmente* por un sexo biológico (macho/hembra), un género (masculino/femenino) y una sexualidad centrada en la práctica heterosexual compulsiva y obligatoria.¹ El *hombre* y la *mujer* son categorías que surgen de la articulación psicológica y social de una combinación concreta de estos elementos (sexo, género y sexualidad) o, dicho de otro modo, de una determinada economía y legislación de los cuerpos.² Uno *nace* hombre –al poseer unos genitales de macho–, pertenece *inmediatamente* al género masculino y se siente atraído sexualmente por el *género opuesto y complementario*; esto es: por una *nacida* mujer –marcada con unos genitales de hembra–, perteneciente *por tanto* al género femenino y que *naturalmente* le corresponderá sexualmente.

¹ Los términos son de Adrienne Rich, del artículo “Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence”, aparecido en la revista *Signs* en 1980 y reimpreso en diversas ocasiones. Existe una traducción castellana en Adrienne Rich (1996), “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana (1980)”, traducción de María-Milagros Rivera Garretas, *DUODA. Revista d'estudis feministes*, 10: 15-45.

² De ahí que Monique Wittig pudiera afirmar que las lesbianas *no* son mujeres.

Los vínculos, conexiones y correspondencias que en este relato se establecen como naturales y en una relación necesaria de causa y consecuencia, se han revelado como construcciones ideológicas, deterministas y convencionales; un modo de control del cuerpo y su capacidad de desafío, subversión y transformación. El cuerpo es una encrucijada intertextual, un efecto de los discursos de poder que lo materializan y, al mismo tiempo, un campo de batalla para la reproducción de –y la resistencia a– un orden establecido por estos discursos.

En consecuencia, el cuerpo es siempre *artificial* y *mutante*, su aparente naturalidad es fruto de la repetición constante de unas prácticas autorizadas y (auto)impuestas, una iteración acorde con la interiorización de una representación externa adecuada como propia y –doblemente– apropiada. De esa repetición naturalizada surge la ilusión de los cuerpos *fijos*, la creencia de que siempre han sido, son y serán así; en definitiva: esa performatividad del cuerpo y sus atributos genérico sexuales enmascara y reproduce, bajo el determinismo incuestionable de la naturaleza, las estrategias de control de la economía corporal.

No obstante, los espacios de diferencia que se abren a causa de esa misma repetición de las mascaradas del cuerpo nos ofrecen un lugar desde dónde articular una capacidad de acción para cambiar esa misma ley que se nos impone iterativamente. La diferencia –y, con ella, la posibilidad de cambio–, viene implícita en la misma reproducción: cualquier repetición lo es en tanto que supone necesariamente la inclusión de algo *diferente*; el producto –lo repetido– no es lo mismo que lo que se repite. Caben, además, dos precisiones: primero, texto origen y texto resultante surgen simultáneamente, uno no precede al otro. Segundo, si la entendemos performativamente, esta inscripción del sexo-género-heterosexualidad en las prácticas textuales del cuerpo se produciría más como anticipación que como derivación.³ Es una copia sin original, un simulacro, la evidenciación de unos síntomas sin correspondencia con ninguna esencia previa que los pueda generar.

El cuerpo en el siglo XXI es todo menos una certeza.

¿Cómo habitamos en el cuerpo que somos/que tenemos? ¿Cómo se presenta y nos representa? ¿En qué medida? ¿Cómo se vuelve legible, inteligible? ¿Qué dice? ¿Qué puede decir y qué no puede decir? ¿De quién o de qué? ¿Cómo puedo intervenir yo en lo que dice o representa el cuerpo que soy/tengo? ¿Mi cuerpo me pertenece o, a la inversa, le pertenezco? ¿Se trata de una relación de pertenencia o más bien de participación sin pertenencia? ¿Cuál es el poder de mi cuerpo? ¿Cuáles son las categorías que lo vuelven visible? ¿Qué es el cuerpo?

³ Remito a un fragmento del “Prefacio (1999)” con que Judith Butler acompaña la segunda edición de *El género en disputa* (México, PUEG, 2001: esp. 15), donde explica como la asaltó esta idea, a partir de la lectura de una interpretación que Jacques Derrida hace a propósito de “Ante la ley”, de Franz Kafka.

Esas cuestiones nos sitúan en los intersticios corporales, redirigen las correspondencias de sus atributos e invitan a reflexionar a propósito de la *artificialidad* de nuestro cuerpo, junto con su potencial políticosocial. No es de extrañar que muchas de las performances artísticas de los años sesenta y setenta fueran protagonizadas por mujeres. Las acciones de Faith Wilding, Judy Chicago, Ana Mendieta, Carolee Schneemann, Adrian Piper... –entre tantas otras– constituyen un legado para artistas posteriores como Orlan, Cindy Sherman, Janine Antoni, Sophie Calle, Eulàlia Valldossera, Estela Torres... y un largo etcétera que llegaría a comprender las artistas más jóvenes que, a las puertas del siglo XXI, siguen investigando con el *cuerpo* y sus narrativas genérico-sexuales.

Como ellas y con ellas, este monográfico quiere contribuir en plantear políticas feministas al establecer un lugar de reflexión sobre las implicaciones de los cuerpos con la materialidad textual, su condición de artefacto interdiscursivo donde confluyen diferentes códigos y se construyen, con más o menos capacidad de acción y autoconsciencia, diversos significados... Entre ellos, uno tan poco prescindible como eso que venimos llamando *la propia identidad*, aunque sea menos *propia* y, ni mucho menos, *idéntica*. Como nos han enseñado los feminismos, eso vale tanto si pensamos en una identidad individual [yo] como en una categoría identitaria colectiva [mujeres].

Hay una continuidad entre los contornos de nuestros músculos, nuestros gestos y nuestra vestimenta. Fragmentaria, móvil y caduca, nuestra identidad tal vez discurra en continuidades como ésta. Habitamos nuestra ropa: el hábito hace más al monje de lo que podríamos llegar a sospechar. Profesamos un culto al cuerpo, moldeamos nuestra carne con el maquillaje, la práctica del *body-building* o el recurso a dietas más o menos rigurosas con fines determinados. Lo perforamos con piercings o con los pendientes de toda la vida. Lo ilustramos, pintamos, escribimos con calcomanías o con tatuajes, como si fuese un lienzo; lo esculpimos a golpe de bisturí; le extirpamos órganos “propios” y le implantamos “ajenos”. Le suministramos drogas, legales e ilegales, a fin de sobrepasar sus propias condiciones y/o limitaciones, ya sea para superar el virus de una gripe, ya sea para flipar.

Huelga decir que la segunda mitad del siglo XX abrió la posibilidad de cruzar fronteras hasta aquel momento poco imaginables. Una de ellas, con ayuda de la cirugía plástica y el suministro de hormonas, la que había separado *naturalmente* los sexos. En 1952, Christian Hamburger fue el primer hombre biológico que se sometió a una sofisticada operación (no una simple amputación de pene) de transformación satisfactoria en Christine Jorgensen, una mujer transsexual. No quiero renunciar al adjetivo *transsexual* porque hay una tendencia a tratar ese ámbito como una solución superficial, fruto de sumas (adiciones) y restas (mutilaciones) cuando es, por supuesto, muchísimo más. Probablemente en pocos ámbitos se pone en evidencia, como en la transsexualidad, la experiencia de habitar un cuerpo: una experiencia que tod@s compartimos y que a tod@s incumbe. Invisibilizar lo *trans* es ocultar la movilidad entre sexos como una

de las narrativas del cuerpo habitable. Las fronteras se han hecho mucho más porosas. Somos en las fronteras.

Mutantes, monstru@s, posthuman@s, vivimos como el doble de nuestro propio cuerpo natural, ese –por imposible– obsoleto desde el principio. Siempre hemos sido *cyborgs*, seres y estares *híbridos* de humanidad y tecnologías. La facultad del lenguaje nos permite referirnos a entidades ausentes. Nuestros sentidos funcionan a modo de interfaz a través de la cual absorbemos la información del mundo. La intervención de cualquier elemento que modifique esa percepción pretendidamente natural y nos conecte con la percepción de una realidad aumentada (una hiperrealidad) deviene una tecnología que nos posthumaniza. Los límites de nuestras percepciones trazan el mapa geográfico por donde discurre nuestro conocimiento... Pero, por ahora, el cuerpo lo llevamos con nosotr@s, o nosotr@s con el cuerpo. Internet y la realidad virtual, más que la desaparición del cuerpo, suponen la obligación insoslayable de pensarlo de otro modo, el descubrimiento de que también puede ser de otro modo o, a menudo, de que siempre ha sido de *otro* modo (artificial, tecnológico, textual...).

Los textos que componen este dossier monográfico comparten, con sus diferencias, el pensamiento del cuerpo desde los parámetros problematizadores que hemos esbozado en este breve texto introductorio; de hecho, sus autoras han sido fundamentales a la hora de trazar estos planteamientos y sostenerlos. Constituye un lujo poder publicar textos de Donna Haraway, Judith Halberstam, Yvonne Volkart o Faith Wilding, junto con firmas nacionales de primera fila como Pilar Pedraza, Jesús Adrián, María Ruido, Isabel Clúa o Sonia Reverter (y las cito en el mismo orden en que, por razones de diálogo entre los textos en mi lectura, los he hecho aparecer en el dossier). No voy a intentar resumir cada uno de los artículos ni creo que merezcan mayor presentación por mi parte. A estas alturas, dicen ellos más de mí de lo que yo pudiera alcanzar a decir de ellos. Tienen ustedes el resumen de rigor al final de la revista, así como suficientes aclaraciones en las notas a pie que los acompañan. Léanlos por el orden que se les antoje y, sobre todo, disfrútenlos. Constituirán, sin duda, herramientas preciosas para pensar y mirar el cuerpo, siempre del delito, en el siglo XXI.

MERI TORRAS

Mujeres y textualidad*
Universidad Autónoma de Barcelona

* Agradezco a Pau Pitarch e Isabel Clúa, integrantes del grupo investigador Mujeres y textualidad, la ayuda que me han ofrecido en la edición de este monográfico.